

CONTRIBUCIÓN DE LA IGLESIA A LA RECONSTRUCCIÓN DEL SINDICALISMO DE CLASE EN ESPAÑA DURANTE EL FRANQUISMO

Enrique Berzal de la Rosa*

* Universidad de Valladolid, España. Email: eberzal@hmca.uva.es

Recibido: 14 Enero 2014 / Revisado: 2 Abril 2014 / Aceptado: 30 Junio 2014 / Publicado: 15 Octubre 2014

Resumen: La Iglesia católica española siempre se mostró atenta a lo que consideraba uno de los más acuciantes problemas del país en el siglo XX: la cuestión social. De ahí los constantes llamamientos de la jerarquía eclesiástica a la instauración de un sistema de relaciones sociales y laborales justo, sin menoscabo de la activa colaboración con el régimen franquista, que consideraba afín y acorde, en general, a sus intereses. Sin embargo, esta dinámica colaboracionista se quebró precisamente en el terreno social, debido a la labor de los movimientos especializados de Acción Católica, cuya actividad reivindicativa no escabulló las evidentes implicaciones políticas. La dinámica interna de dichos movimientos, el impacto posterior del Concilio Vaticano II, el activismo de militantes de la oposición clandestina y la actividad represiva del Régimen dictatorial contribuyeron a hacer de ellos un instrumento clave para la recuperación del sindicalismo de clase en España.

Palabras clave: España, Franquismo, Iglesia Católica, sindicalismo, oposición política.

Abstract: The Spanish Catholic Church was always aware of the social question: one of the most pressing problems of the country in the twentieth century. So the constant appeals of the hierarchy to the establishment for a system of social and labour relationship, according to the Franco's regime but fair. For this reason, the social question became the element that broke down the collaboration between the

Catholic Church and the dictatorship. The protest of labour movements of Catholic Action became political too. The internal dynamics of these movements, the subsequent impact of Vatican II, the activism of the underground opposition militants and repressive dictatorial regime activity helped to make them a key tool for the recovery of class unionism in Spain.

Keywords: Spain, Francoism, Catholic Church, foreign policy, syndicalism, political opposition.

INTRODUCCIÓN

Como es bien sabido, tres eventos marcaron la consolidación definitiva del Régimen franquista en los años 50: el reconocimiento internacional de España en el marco de la Guerra Fría, el Concordato con la Santa Sede, en cuya gestión destacaron de manera decisiva los hombres de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNdP), y los acuerdos parciales con Estados Unidos. Por otro lado, también en esta década, la configuración de los sucesivos gobiernos denota el progresivo arrinconamiento del falangismo más duro en beneficio, primero de los citados católicos de la ACNdP y, enseguida, de los tecnócratas del Opus Dei.

Además de los denodados esfuerzos, por parte del Régimen, de avanzar hacia su institucionalización bajo la faz de la "democracia orgánica", no conviene olvidar la nueva y crucial etapa que para la evolución de la sociedad española supo-

nen los años finales de la década: a partir de 1959 se inaugura la que se ha venido a denominar *época desarrollista*, de modo que en los años sesenta, a golpe de liberalización económica, tecnocracia y turismo, el país experimenta un desarrollo industrial sostenido que suscita importantes consecuencias socio-mentales. Todo ello aderezado, como decimos, con una leve apertura política que presentaba al Régimen franquista como una “democracia orgánica” asentada sobre las tres entidades fundamentales de la vida social: “familia, municipio y sindicato”.

Es en este contexto en el que tiene lugar un hecho crucial para el devenir histórico de la Iglesia, de la sociedad y del movimiento obrero español: mientras desde la jerarquía eclesial iban aflorando opiniones que denotaban un descontento creciente ante un sistema de relaciones sociales y laborales que se juzgaba opuesto a los principios fundamentales de la Doctrina Social de la Iglesia, los movimientos apostólicos se erigieron en agente determinante de la eclosión cultural, ideológica y organizativa de un “nuevo movimiento obrero” opuesto al sistema político imperante, pero también, como se decía entonces, a cualquier “intromisión ajena, cuando no opuesta, a la promoción integral y colectiva de la clase obrera”.

1. PELIGROS PARA EL COLABORACIONISMO EPISCOPAL

Efectivamente, durante esta etapa, los obispos se mostraron cada vez más preocupados por la alarmante conflictividad socio-laboral. La voz más autorizada en este terreno seguía siendo la de Ángel Herrera, antiguo propagandista, durante años director de *El Debate* y ahora cardenal de Málaga, cuyo afán posibilista-regeneracionista le situaba en posiciones avanzadas dentro de la pastoral social del episcopado español². Auspiciador del Instituto Social

León XIII (creado en 1951 y sustituido jurídicamente en 1968 por la Fundación Pablo VI), del Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos (1959) y del fallido “nuevo Instituto Social Obrero” (1962), su estrategia episcopal-social pretendía armonizar las voluntades de todos los sujetos implicados: de los obreros, porque denunciaba sin ambages la situación de miseria a que venían siendo sometidos; de los Movimientos Apostólicos, pues reclamaba la acción solidaria y resaltaba la injusticia social reinante; y del Estado, al que, en último término, seguía agradeciendo la labor realizada y los esfuerzos demostrados en el terreno social desde 1939. Eso sí, la importante labor de difusión y sensibilización auspiciada por el Instituto ‘León XIII’ tampoco se vio a salvo de las suspicacias del Régimen, para el que tanto insistir en el estudio tanto de la Doctrina Social de la Iglesia como de ideologías “disolventes” (comunismo, marxismo y anarquismo) constituía más un foco de posibles problemas que un semillero de estrategias sociales dirigidas, como pretendía su fundador, al bien común: las buenas relaciones que siempre cultivó Herrera lo salvaron, a este respecto, de consecuencias más graves.

Era el de Málaga, en efecto, de los pocos obispos que tenían un pensamiento social en esa época, la voz más autorizada y contundente en el episcopado a la hora de denunciar el enorme déficit de conciencia social que adolecía el catolicismo español, el adalid de la dirección “propagandista-regeneracionista, posibilista, que se dedica a la indoctrinación de las clases dirigentes y colabora con el poder público”, según Antonio Murcia³.

Directamente influido por el pensamiento herrero, el objetivo social del episcopado español de los años 50 y 60 no había variado: se trataba de instaurar definitivamente la Doctrina Social de la Iglesia haciendo hincapié en sus aspectos armonizadores y contrarrevolucionarios, empresa que incumbía a todos y, con especial énfasis, al autoproclamado “Estado católico” español. Según esto, la colaboración con el Gobierno seguía siendo tan decisiva y necesaria como las llamadas de atención ante las defi-

² Herrera (1886-1968) ocupó la sede malacitana desde 1947 hasta 1966; un año antes había sido creado cardenal. En el terreno que nos ocupa destaca su labor dentro de la Comisión Episcopal de Asuntos Sociales, así como la redacción personal de gran parte de las célebres instrucciones pastorales redactadas en 1951, 1956 y 1961. Ver Sánchez Jiménez, José, *El cardenal Herrera Oria. Pensamiento y Acción Social*.

Madrid, Encuentro, 1986.

³ Murcia, Antonio, *Obreros y obispos bajo el franquismo*. Madrid, HOAC, 1995, 298.

ciencias detectadas en materia de política social.

En este sentido, la declaración conjunta sobre los *Problemas morales ante la estabilización y el desarrollo*, publicada el 15 de enero de 1960, venía a apuntalar parte de lo denunciado seis meses antes por movimientos apostólicos como JOC y HOAC: que la clase obrera era la más perjudicada por las consecuencias del Plan de Estabilización, que los “pudientes” persistían en su actitud egoísta e insolidaria, que los obreros merecían un sueldo justo y el disfrute de los beneficios empresariales, y que la sobriedad y austeridad de todos debería ir acompañada, más que nunca, de la justicia social⁴.

En 1961 era el obispo Pablo Gurrupide de Bilbao el que empleaba un acto organizado por la JOC para lamentar la precariedad salarial que asolaba a los trabajadores españoles, si bien la pastoral colectiva *Sobre la elevación de la conciencia social*, publicada en julio del año siguiente, se llevó la palma en cuanto a resonancia mediática. El telón de fondo no era en absoluto baladí: fuertes huelgas mineras en Asturias, acusaciones gubernamentales contra la actividad desarrollada en las mismas por los movimientos apostólicos, ataques de *Arriba* a la revista *Ecclesia* por haber defendido el derecho a la huelga, y un discurso de Franco en Garabitas que denunciaba la proclividad comunista de determinadas “organizaciones seculares de nuestra Iglesia, parasitadas muchas veces por la infiltración de sus agentes”.

Frente a ello, y con la *Mater et Magistra* en la mano, los obispos recomendaban elevar la conciencia social de los fieles e incentivar el *compromiso temporal*, expresión que aún entonces levantaba ampollas y suscitaba las más variadas y nada amigables suspicacias:

“Un deber de amor a la Iglesia y de fidelidad a la vocación cristiana y apostólica que de ella han recibido, exige imperiosamente el testimonio vivo de los seglares en todas las actividades de su vida y,

por ende, también en las de orden temporal”.⁵

Esta crítica de los prelados, siempre constructiva y leal al Régimen, se tornaba especialmente dura e inflexible a la hora de reivindicar una de las máximas aspiraciones de su colaboracionismo social: la proscripción del “temporalismo” y la radical prohibición de la unidad de acción entre católicos y comunistas, vigente en otros países y especialmente intensa en España a partir de la segunda mitad de los 60:

“Vosotros, obreros, examinad también vuestra conciencia social. [...] si sabéis conciliar el espíritu de noble entrega a la labor diaria, según lo exigen la justicia y el progreso económico del país, con una fortaleza que se alimenta del amor cristiano y no deja paso al resentimiento ni al odio de clases. Velando, en este aspecto y en cuanto de nosotros depende, por la necesaria armonía en la empresa y por la paz social, proclamando sin titubeos con la Iglesia que el comunismo es intrínsecamente perverso y que a un cristiano no le es permitido colaborar con él en ningún terreno”.

Precisamente, la ‘amenaza’ de la influencia comunista en el seno de las organizaciones católicas supuso un acicate para los obispos reunidos en la sesión plenaria de la Conferencia de Metropolitanos de junio de 1965: “El comunismo no podrá dejar de ser un fautor sistemático del ateísmo, de modo particular entre los jóvenes”, reconocían los prelados, a la vez que consideraban necesario desterrar “toda sospecha de que la Iglesia estimula actitudes reaccionarias, y todo pretexto que pueda inducir a más desorientación a los que en España desean una reforma social”. ¿La solución? Urgir, inmediatamente, la materialización de los postulados más importantes de la Doctrina Social de la Iglesia, pero también abandonar la reforma social más allá de conservadurismos caducos. Una vez más, el reformismo constructivo y colaborador⁶.

⁴ Iribarren Rodríguez, Jesús, *Documentos colectivos del Episcopado Español. 1870-1974*. Madrid, BAC 1974, 333-339.

⁵ *Ibid.*, 357.

⁶ Cárcel Ortí, Vicente, *Actas de las Conferencias de Metropolitanos españoles (1921-1965)*. Madrid, BAC, 1994, 782.

2. RUPTURA FRENTE A COLABORACIÓN. EL DEBATE EN TORNO AL SINDICATO VERTICAL

Dentro del esfuerzo creciente por mejorar la imagen internacional del país, en 1958 fue aprobada la Ley de Convenios Colectivos, cuyo cometido era avanzar en la representatividad de la Organización Sindical Española sin poner en peligro la filosofía originaria del sindicato vertical. Sin embargo, ni la citada disposición ni otras medidas de similar tendencia aperturista lograron frenar la inquina de los movimientos especializados de la Acción Católica (AC) y del clero más contestatario del país, los cuales, junto al resto de la oposición política y sindical, no dudaron en desautorizar el organigrama sindical español por considerarlo falto de autenticidad, eficacia y representatividad.

A estas alturas, dos posturas diferentes –y a menudo opuestas– habían cristalizado en el seno de la Iglesia española en relación con la situación socio-política del país: la rupturista y radical de movimientos apostólicos, organizaciones cristianas de base y clero contestatario, proclive a un cambio socio-político y afín al socialismo; y la posibilista de los obispos, muy crítica con las injusticias pero defensora de las relaciones vigentes entre Iglesia y Estado, y leal en la colaboración con este último.

Efectivamente, realidades como la acelerada modernización de las estructuras socio-mentales, la proliferación de los conflictos obreros y estudiantiles y la escalada huelguística de principios de los 60 (¡150.000 obreros en huelga en la primavera de 1962!) motivaron un repliegue de la jerarquía eclesiástica hacia posturas proclives al Gobierno en materia social y sindical. Más todavía al saber que militantes de los movimientos especializados de la AC obrera se habían convertido en promotores de algunas de las huelgas más contundentes, en especial de las asturianas de 1962. Las tradicionales prevenciones hacia la “contaminación” marxista, y el miedo a perder la posición de privilegio que le otorgaba las vigentes relaciones con el Estado explican que buena parte del episcopado español, así como de los representantes más cualificados del catolicismo social, siguieran albergando esperanzas en la eficacia del sindicalismo vertical para materializar aspectos deci-

sivos de la Doctrina Social de la Iglesia. Aunque para ello hubiera que desautorizar, como hizo el obispo de Huelva, Cantero Cuadrado, la libertad sindical reclamada en 1962 por la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos (CISC):

“El derecho a la libertad sindical no es un derecho absoluto e incondicional, sino relativo condicional [...] en las circunstancias actuales de la sociedad y nación española [...] la libertad sindical que propugna la CISC para los trabajadores españoles sería prácticamente el caballo de Troya para la introducción del comunismo en la sociedad y en la nación españolas. Ante este riesgo nacional e internacional es natural y lógico que el Estado español emplee las garantías necesarias para evitar gravísimos riesgos no sólo para España, sino también para todo el mundo occidental”⁷.

En efecto, al año siguiente, el polifacético Ángel Herrera Oria ensalzaba la situación sindical de España comparándola con los ‘nefastos’ tiempos pasados, aquellos en los que, según el antiguo propagandista, dominaban “las fuerzas anarquistas, socialistas y comunistas”. Contradiciendo en cierta medida afirmaciones anteriores, el obispo de Málaga no encontraba mejor fórmula que la OSE para adecuar el sindicalismo español a las exigencias de la Doctrina Social de la Iglesia, una OSE “con asesorías religiosas y con tantas sinceras demostraciones de religiosidad”⁸.

Dentro de este clima de colaboración y lealtad con el Régimen, otras intervenciones, más matizadas y pragmáticas que las anteriores, apostaban por una nueva disposición legal dirigida, aun sin decirlo expresamente, a ampliar la representatividad del sindicato vertical. Se trataba, en buena lid posibilista, de perfeccionar el sistema sindical vigente, en modo alguno de abolirlo, como pretendían otros colectivos cristianos de base. Así lo expusieron, aprovechando un ciclo de conferencias organizado en 1961, el obispo auxiliar de Valencia, convencido de la

⁷ Díaz-Salazar, Rafael, *Iglesia, Dictadura y Democracia*. Madrid, HOAC, 1981, 146-147.

⁸ *Ibid.*, 148.

necesidad de revisar el Fuero del Trabajo “quitándole lo que no tenga necesidad ya de subsistir; lo mismo que a las leyes sindicales”, y Alberto Martín Artajo, ahora en calidad de presidente de la ACNP:

“La organización sindical debe ser revisada con urgencia... Las etapas recorridas por la evolución sindical resultan de interés: creciente autonomía de las secciones sociales; incremento de las atribuciones de éstas en orden a la reglamentación del trabajo y a la elaboración de convenios colectivos; concesión de facultades decisorias al sindicato dentro de su competencia, así en el campo social como en el económico; ampliación de la base representativa del gobierno sindical; independencia de los sindicatos tanto respecto del Estado como en relación al Movimiento y autenticidad cada vez más depurada de la representación en la elección de cargos y en el desempeño del mandato”⁹.

Alabanzas y pragmatismo colaboracionista como cuando en 1963, el diario *Ya* proponía acomodar la Organización Sindical Española a los tiempos actuales y a los postulados más importantes de Juan XXIII solicitando, en un editorial fechado el 27 de junio, reformas progresivas, prudentes y paulatinas capaces de afianzar la libertad y representatividad sindicales¹⁰.

Nada que ver, sin embargo, con la opinión expresada desde tiempo atrás por los movimientos especializados de la Acción Católica, para los que el sindicato vertical debía ser abolido por su carácter fundamentalmente político, su escasísima representatividad y autenticidad obrera, la vulneración que suponía de la libertad sindical y por entrar en contradicción, precisamente, con la Doctrina Social de la Iglesia:

“El Sindicato actual no está creado por los obreros sino estructurado, diseñado y dirigido por un partido político que actúa en el poder. [...] regula los intereses económicos de los trabajadores según la ley del mercado. [...] se basa] en el ordeno y mando de la política, pues en los conflic-

tos laborales actúa antes y más la fuerza pública; y nunca se ha encarcelado a patronos, y sí a obreros... No es sindicato obrero, sino político, lo que le incapacita para dirigir la acción, ya que los objetivos a conquistar y después defender por el Frente Obrero pueden estar -y de hecho lo están- en contraposición con la línea política imperante en la actualidad, aun aceptando que ésta tienda al bien común, cosa harto discutible, al menos en cuanto a los medios empleados. [...] Creemos que la conducta político-social de nuestro Estado está harto influenciada -mejor diríamos sometida- por el poder económico de las "constelaciones" que [...] tienen en sus manos el tinglado productivo de la nación. Consecuentemente el Sindicato, órgano al servicio del Estado, ha de estar sometido también a esta descarada influencia que le incapacita para apreciar la dignidad de su misión y la propia del trabajador al que, como la empresa, considera simple ente productivo. No defiende intereses obreros, sino que subordina éstos a los políticos y financieros de las "constelaciones opresoras". Consecuentemente, el trabajador recela y rehúye su cooperación al saber identificados sindicalismo y política y ésta con intereses financieros... “nuestro sindicato no cumple su verdadera misión, no irradia vida sindical, no tiene militantes sindicales; si alguna labor cumple, es secundaria, no tiene iniciativas propias, está al servicio de otros organismos extraños a la clase obrera. Por tanto hemos de aspirar a un sindicato auténtico como el que se desprende de la definición de la *Mater et Magistra*”¹¹.

Es más, a la hora de informar a sus militantes sobre un discurso pronunciado en julio de 1961 por el secretario General de Sindicatos, la Comisión Nacional de la HOAC no dudaba en afirmar que “la O.S. española no está conforme con algunos de los principios esenciales de la doctrina social de la Iglesia en materia sindical, puesto que no se presenta como cauce

⁹ Valle, Florentino del, “Ante nuestro momento sindical: doctrina de la Iglesia”, *Revista de Fomento Social*, 87 (julio-septiembre de 1967), 223-224.

¹⁰ “Reforma de las estructuras sindicales”: *Ya*, 27 de junio de 1963.

¹¹ Opiniones de los militantes de la HOAC expuestas en los Grupos Obreros de Estudios Sociales: ARCHIVO DE LA COMISIÓN NACIONAL DE LA HOAC, caja 75, carpetas 1 a la 5 (1962-1964).

adecuado para que por ella discurran las aspiraciones de los trabajadores¹². Y cuando la II Reunión Nacional de Estudios (mayo de 1960) de la Hermandad presentó el resultado de 60 encuestas dirigidas a calibrar las ventajas conseguidas a través del Sindicato Vertical desde 1942, la conclusión fue aplastante: “Las ventajas se deben a concesiones del Estado y no a los aciertos del Sindicalismo”. Sometimiento al Estado, falta de “genuina representación obrera en sus mandos” y desvirtuar “a su favor” la Doctrina Social de la Iglesia eran, según los militantes de la HOAC, los principales cometidos del sindicato vertical español¹³.

Dos años más tarde, la IV Reunión Nacional de Estudios volvió a registrar críticas a un sindicato oficial que, a ojos de los obreros católicos, no era representativo ni combativo, estaba maniatado por la línea política y privilegiaba a las empresas antes que a los trabajadores¹⁴. Similares conclusiones presentaba, por fin, el resumen elaborado por los Grupos Obreros de Estudios Sociales de 1963. En esta ocasión, eran cuatro los argumentos empleados para demostrar la invalidez generalizada del sindicato vertical español: No era “instrumento vivo al servicio de la clase obrera”; no era “cauce idóneo para canalizar la actitud colectiva de los trabajadores”; ha eludido preparar idóneamente a los trabajadores de cara a la Contratación colectiva, dejando toda la fuerza a la parte empresarial; y es “responsable de todas las deficiencias resultantes de la Contratación”: Convenios elaborados sin contar con la base, Jurados de Empresa “desutilizados (sic) para la negociación”, férrea dirección política impuesta a la OSE y que la conduce a la firma “irracional y vandálica” de contratos colectivos, etc¹⁵.

¹² ARCHIVO PERSONAL DE TEÓFILO PÉREZ REY: “Sindicato. Cambios. 2 de julio de 1961”.

¹³ ARCHIVO DE LA COMISIÓN NACIONAL DE LA HOAC, Caja 48b, carpeta 4: *Encuesta II RNE*, 10 de mayo de 1960.

¹⁴ Comisión Nacional de la HOAC, *Las Asociaciones Obreras. IV Reunión Nacional de Estudios*. Madrid, HOAC, 1962, 17.

¹⁵ López García, Basilisa, “La formación y el análisis social en el Movimiento Obrero Católico bajo el Franquismo. Los GOES”, *XX Siglos*, 22 (1994), 61-69 (nota 31).

3. UNA NUEVA CLASE OBRERA, UN NUEVO SINDICALISMO

Los estudios más rigurosos sobre la historia del movimiento obrero bajo el Franquismo remarcan la impronta decisiva que para su recuperación tuvo la aportación católica en forma de militantes, instrumentos formativos y rudimentos organizativos. Es lo que hemos denominado posición rupturista en el terreno socio-político, posición protagonizada, con especial fuerza desde mediados de los años 50, por organizaciones apostólicas, movimientos cristianos de base y clérigos contestatarios. El contexto de profunda modernización social y factores como la influencia del Concilio Vaticano II, el diálogo con el marxismo y la enemiga represiva de la dictadura alentaron este proceso, determinante sin duda para la historia de la Iglesia y del movimiento obrero español.

Por otro lado, los años 60 constituyen, en términos cualitativos, la época dorada de la Acción Católica Española, lo cual fue posible gracias al triunfo de un método de evangelización basado en la metodología de los movimientos especializados, proceso iniciado en la década anterior. Factores diversos explican esta progresiva mutación desde una AC triunfalista a otra especializada y comprometida: el cambio generacional experimentado dentro de la propia organización, la extensión de la oposición política, sindical y estudiantil al Régimen franquista, en la que participaron activamente militantes de los movimientos especializados (sobre todo JOC y HOAC¹⁶), la evolución del Régimen desde la autarquía de postguerra al desarrollismo autoritario iniciado a finales de los 50, el impacto teológico y pastoral de acontecimientos internacionales como el “Movimiento por un Mundo Mejor” del Padre Lombardi o el II Congreso Mundial de Apostolado Seglar (Roma, 1957), y, por último, la aprobación del Estatuto de 1959, que difunde el modelo de la AC especializada y sanciona el método formativo de la Revisión de Vida. Más adelante, el impacto del Concilio Vaticano II vino a introducir una nueva explo-

¹⁶ López García, Basilisa, *Introducción a la historia de la HOAC*. Madrid, HOAC, 1995; Castaño Colomer, Josep, *La JOC en España, 1946-1970*. Salamanca, Sígueme, 1978.

sión de vitalidad en el seno de la Iglesia española.

El auge de la AC, singularmente destacado en las organizaciones especializadas juveniles y obreras, se extendió con rapidez a las ramas generales, siendo especialmente importante en la de Mujeres a través de la "Semana Impacto" promovida por Tomás Malagón. Junto al paso de los centros generales, parroquiales, a los movimientos por ambientes, el método jocista de la Revisión de Vida fue asumido por los movimientos estudiantiles, rurales y urbanos. Revolucionario fue asimismo el Plan Cíclico de la HOAC, método formativo impulsado por Guillermo Roviroso y Tomás Malagón.

Se produjo así, como bien ha estudiado Feliciano Montero, un cuádruple y decisivo paso cualitativo dentro de la AC española: del Círculo de Estudio, a la Revisión de Vida; del socio, al militante; de la acción intraeclesial y religioso-benéfica en parroquias, al compromiso en el ambiente; y de las masas, a las vanguardias que influyen en ellas.

"En síntesis, el conjunto de cambios que implicaba el paso de la A.C. general a la A.C. especializada"¹⁷.

Junto a lo dicho es preciso tener en cuenta la eclosión, a partir de mediados de los años 50, de una nueva cultura política y sindical dentro de los denominados "cristianos de izquierda", hecho que coincide con el avance del diálogo entre cristianismo y marxismo pero también con la progresiva reactivación tanto de la oposición política a la dictadura como del movimiento obrero español.

Como bien señala Rafael Díaz-Salazar, este colectivo de la Iglesia adquirió una determinada posición política a través de una específica socialización recibida de los movimientos cristianos más importantes de la época, imperando, desde el punto de vista de la ideología y práctica sindical, la centralidad de la autogestión, la concepción del movimiento sindical como "Frente Obrero" y la creación de "comisiones

obreras", pues no conviene olvidar que desde mediados de esta misma década, especialmente a impulsos de la política de "reconciliación nacional" planteada por el Partido Comunista, los cuadros militantes obreros más destacados alentarán la estrategia de aprovechar los cargos representativos del sindicato vertical para emprender tareas reivindicativas e ir generando un amplio movimiento obrero y socio-político dirigido, en última instancia, a derribar la dictadura.¹⁸

Cultura política cristiana y revolucionaria que, en términos intelectuales, discurre pareja al lento pero imparable proceso de diálogo entre cristianismo y marxismo, explicitado en España en la orientación socialista y marxista del pensamiento de ciertos sectores cristianos tanto del mundo universitario (Cerón, Fernández de Castro, Comín, Gomis, González Casanova...) como del obrero (Roviroso, Malagón, Roy, Zufiaur, Alcázar...), en la creación de sindicatos como el SUT (Sindicato Universitario del Trabajo), SOCC (Solidaridad de Obreros Cristianos catalanes, 1956) o FST (Federación Sindical de Trabajadores, 1957), y en la aparición de partidos políticos clandestinos como el famoso Frente de Liberación Popular (FLP), formación creada en 1958, situada a la izquierda del PCE y en la que por primera vez se experimenta la convergencia entre marxismo y cristianismo en España.¹⁹

Tres principios conforman, según Díaz-Salazar, la mentalidad política de dichos "cristianos de izquierda": la prioridad de los pobres, la centralidad de la persona frente al capital, y la socialización de la economía desde la perspectiva de la comunión de bienes. Frente a capitalismo, comunismo o Democracia Cristiana, estos colectivos propugnan una "alternativa revolucionaria" obrerista y personalista que renuncia al confesionalismo y apuesta por construir organizaciones nítidamente obreristas pero desde una inspiración cristiana, organizaciones abiertas a

¹⁷ Montero, Feliciano, "La Acción Católica", *XX Siglos*, 25 (1995), 90-91; y, sobre todo, su monografía *La Acción Católica y el Franquismo. Auge y crisis de la Acción Católica especializada*. Madrid, UNED, 2000.

¹⁸ Díaz-Salazar, Rafael, *Nuevo socialismo y cristianos de izquierda*. Madrid, HOAC, 2001, 41-105; Berzal de la Rosa, Enrique, "Cristianos en el 'Nuevo Movimiento Obrero' en España", *Historia Social*, 54 (2006), 137-156.

¹⁹ García Nieto, Mari Carmen, "Participación en partidos y sindicatos", *XX Siglos* 16 (1993), 96-109; Díaz-Salazar, Rafael, *La izquierda y el cristianismo*. Madrid, Taurus, 1998, 211-212.

los no cristianos y acogedoras de pensamientos heterodoxos que, según ellos, recogiesen las “partes de verdad” presentes en el anarquismo, marxismo y socialismo no marxista.

Ejemplo paradigmático de esta nueva cultura política acuñada en los movimientos eclesiales de raigambre obrera es la generada en los años 50 por la HOAC, organización cuya originalidad como cantera de militantes obreros y plataforma que contribuyó a la génesis de un nuevo movimiento político y sindical estriba en su eficaz tarea de difusión de una nueva mentalidad revolucionaria y socialista de inspiración cristiana, cuya concreción, aun asentada sobre el diálogo con las ideologías del llamado movimiento obrero histórico (marxismo, socialismo, anarquismo), tuvo la especificidad de valorarlas críticamente para dar a luz un movimiento de nuevo cuño englobado bajo la denominación genérica de “Frente Obrero”.

Este diálogo crítico con las ideologías de los “antepasados en la lucha obrera”, propiciado por el método formativo del “ver, juzgar y actuar”, tuvo como escenario privilegiado los Grupos Obreros de Estudios Sociales (GOES) de la HOAC²⁰, y arrojó, como conclusión más inmediata, un rechazo radical tanto del capitalismo como del colectivismo estatalizador, pero también, y esto es lo más importante, la asunción de aquellas “partes de verdad” que existían en dichas ideologías. Nos encontramos, pues, ante la eclosión de una mentalidad política propia, de un pensamiento político original, de matriz cristiana, una mentalidad revolucionaria asumida desde la doble posición de apertura y rechazo del marxismo y del comunismo soviético.

4. LOS MOVIMIENTOS CATÓLICOS COMO INSTRUMENTO DE SOCIALIZACIÓN POLÍTICA DEMOCRÁTICA

La evolución interna de la AC, el contexto político autoritario y el desarrollo experimentado por

²⁰ Ferrando Badía, Emilio, “Los Grupos Obreros de Estudios Sociales de la HOAC (GOES)”, *XX Siglos*, 22 (1994), 61-69; López García, Basilisa, “La formación y el análisis social en el Movimiento Obrero Católico bajo el Franquismo. Los GOES”, *XX Siglos*, 22 (1994), 69-87.

la sociedad española a partir de mediados de los 50 explican el hecho de que los movimientos católicos españoles se erijan en instrumento efectivo de socialización política democrática durante el Franquismo²¹. El terreno del llamado “nuevo movimiento obrero” es, en este sentido, paradigmático de la función para-política desarrollada por las organizaciones católicas españolas.

Esta labor socializadora en términos democráticos fue posible, en un primer momento, gracias a la eficacia del método formativo basado en la Revisión de Vida, responsable de la extensión a todos los niveles del “compromiso temporal”. Pero tampoco debemos olvidar las “razones de clase” presentes en todo momento, pues la vivencia de situaciones de penuria, explotación, control y sometimiento en el centro de trabajo, el contacto con los compañeros de fábrica, la permeabilidad hacia todo lo que significara superar esa situación de expolio, y la acción de la oposición clandestina al Régimen tuvieron mucho que ver en la configuración de los movimientos católicos como cantera de militantes y actividades antifranquistas.

Íntimamente ligado a esto último se encuentra el influjo de los primeros movimientos de autocrítica en el seno del catolicismo español²², el acercamiento progresivo a la cultura e ideologías del movimiento obrero histórico, y el diálogo con el marxismo (iniciado antes en Francia e Italia), agudizado tras la eclosión del Concilio Vaticano II. Por otro lado, la dura represión gubernamental contra las fuerzas políticas y sindicales clandestinas -especialmente contra el Partido Comunista, buque insignia de la oposición organizada- y la situación privilegiada de la Acción Católica en términos asociativos, de propaganda y reunión, explican la configuración de las organizaciones cristianas como islotes de libertad en una España autoritaria.

No menos influencia tuvo, además, la renovación generacional experimentada desde finales de los 50 por la sociedad española, especialmente la proliferación, en el terreno de la militancia católi-

²¹ Díaz-Salazar, Rafael, *Nuevo socialismo y cristianos de izquierda*. Madrid, HOAC, 2001.

²² Callahan, William J., *La Iglesia católica en España (1875-2002)*. Barcelona, Crítica, 2002.

cas y antifranquista, de jóvenes activistas ajenos al recuerdo de la Guerra Civil²³. Renovación generacional cuyos ímpetus aperturistas fueron inteligentemente encauzados a través de los resortes políticos y sindicales introducidos por el Régimen con objeto de facilitar el crecimiento económico y legitimarse frente a las potencias occidentales.

De esta manera, a partir de 1962, la aportación de los movimientos católicos obreros a la lucha por la democracia se convierte en uno de los pilares esenciales de la oposición al Régimen de Franco. La aprobación, por parte de éste, de la Ley de Convenios Colectivos (1958), que permitía negociar directamente con la empresa y emprender, al mismo tiempo, acciones de coordinación, movilización e incluso infiltración en los movimientos católicos de comunistas, socialistas y libertarios serán, igualmente, factores importantes que jalonan este proceso. Los años 50 y 60 constituyen, pues, la ‘época dorada’ del famoso papel de “suplencia” ejercido por las organizaciones católicas en la España franquista²⁴.

Como ya adelantamos, los católicos compartieron con los comunistas la estrategia de infiltrarse en el sindicato vertical (“entrismo”) y en las organizaciones oficiales con objeto de eludir la represión, ligar las masas a su proyecto y desenmascarar dichas instituciones ante los obreros. Iniciado en 1954 y afianzado a principios de

los sesenta, el “entrismo” alcanza sus más altas cotas a partir de 1966, año en que las candidaturas de Comisiones Obreras consiguen un éxito notable, pudiendo decir que comunistas, militantes de JOC y HOAC y de las jesuíticas Vanguardias Obreras, unidos a falangistas disidentes y demás trabajadores inquietos, coparon casi por completo las secciones más importantes y conflictivas de los sindicatos verticales. A partir de aquí, su labor será determinante a la hora de crear nuevas plataformas como Comisiones Obreras o incentivar movimientos huelguísticos, pues, como señalaban algunas autoridades:

“por la intervención y actuación de la JOC y de la HOAC se observa [...] que cada vez son más audaces y frecuentes sus intervenciones en las reuniones sindicales, con la manifiesta intencionalidad de sembrar la discordia en los Sindicatos, al ser la primera finalidad que tienen, como claramente lo exponen constantemente, la libertad sindical”²⁵.

En efecto, las huelgas más destacadas de los años 60 (Asturias, País Vasco, Barcelona, Madrid) contaron con la presencia de militantes cristianos. Especialmente importantes serán, en este sentido, la asturiana de 1962, impulsada por jocistas y hoacistas que militaban en la clandestina USO²⁶, y la mítica huelga de Bandas de 1966-67, esta última alentada por el “equipo HOAC”²⁷. Participa-

²³ Maravall Casesnoves, José Antonio, *Dictadura y disidencia política. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*. Madrid, Alfaguara, 1978.

²⁴ “Es evidente que parte de la generación política de los setenta procedió del activismo generado en torno a la Acción Católica (...) Estas organizaciones y actividades fueron lugares de aprendizaje y entrenamiento para la acción política: para la formación de militantes, la acumulación de recursos organizativos, la redacción de programas y los juegos de alianzas. Con ello, la Iglesia comenzó a cumplir en el terreno de la izquierda la función ‘parapolítica’ que había estado cumpliendo tradicionalmente en el terreno de la derecha (con la ACNP o el Opus Dei), pero a través de diferentes eclesiásticos y con distintas ofertas religiosas”: Pérez Díaz, Víctor, *El retorno de la sociedad civil*. Madrid, CIS, 1986, 411 y ss. Ver también Castells Caballos, José María; Hurtado Sánchez, José y Margenat Peralta, Josep María, *De la dictadura a la democracia. La acción de los cristianos en España (1939-1975)*. Bilbao, Desclee de Brower, 2005; y Montero García, Feliciano, *La Iglesia: de la colaboración a la disidencia (1956-1975)*. Madrid, Encuentro, 2011.

²⁵ Informe de la policía barcelonesa, fechado el 5 de febrero de 1965, reproducido en: Ysàs Solares, Pere, *Disidencia y subversión. La lucha del Régimen Franquista por su supervivencia, 1960-1975*. Barcelona, Crítica, 2004, 90.

²⁶ Sobre estas huelgas, ver los magníficos trabajos de Vega García, Rubén (ed.), *Las huelgas de 1962 en Asturias*. Gijón, Trea, 2002, y *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*. Gijón, Trea, 2002.

²⁷ Fue la huelga más larga del Franquismo, pues duró 5 meses, del 30 de noviembre de 1966 hasta el 1 de mayo de 1967. A lo largo de la misma tuvo lugar un importante apoyo por buena parte de las parroquias de la zona. Grupos católicos como la HOAC y la JOC desarrollaron un papel fundamental en su organización: Pérez Pérez, José Antonio, “La Huelga de Bandas: Del Conflicto Laboral y el Nacimiento de un símbolo”, *Cuadernos de Alzate*, 18 (1998), 21-41; Mata Hernando, Máximo, *La Huelga de Bandas*. Madrid, ZYX, 1967: este librito, escrito por un militante de la HOAC burgalesa, fue secuestrado por la policía.

ción activa que incluía la solidaridad con los compañeros represaliados, pues los locales de la Acción Católica Obrera y domicilios particulares sirvieron de cobijo y refugio a obreros represaliados y deportados, mientras en el seno de estas organizaciones se ponían en marcha fondos de solidaridad al estilo de las cajas de resistencia de los sindicatos de clase.

Instrumentos destacados a este respecto fueron el “Fondo Común” constituido en Asturias a raíz de los conflictos mineros de 1962, promovido principalmente por los comunistas y destinado a socorrer económicamente a los obreros despedidos, el fondo de solidaridad semiclandestino puesto en marcha por la Comisión Nacional de la HOAC para tales menesteres, o la campaña emprendida en 1967 por esta misma organización con objeto de visitar a trabajadores deportados, “muchos de ellos conocidos por su integridad en el testimonio de la Verdad y de la Justicia por conseguir la promoción integral de la clase obrera”. Los militantes cristianos, en efecto, asistieron a estos hombres, buena parte de ellos “abandonados en zonas rurales, sin trabajo y con mil fatigas, ignorándolo sus propias familias”, no en vano eran alentados desde Madrid para, mediante su testimonio, “hacer realidad las Bienaventuranzas”²⁸.

Gran importancia tuvo también el movimiento cooperativista fomentado por los colectivos cristianos, íntimamente ligado al movimiento obrero histórico pero escasamente estudiado para la época que nos ocupa²⁹. Especial impacto tuvieron en este terreno los planteamientos teóricos de Guillermo Roviroso, su apuesta por la cogestión y la democracia económica frente al capitalismo imperante. De hecho, el líder de la HOAC, basándose en el estudio de Martín Molina sobre la empresa proporcionalista, promulgaba el mo-

vimiento cooperativo por considerarlo una “obra de transición hacia la propiedad humana”, vigorosamente defendida en su *Manifiesto Comunitarista*³⁰. En efecto, el líder de la HOAC consideraba las cooperativas la herramienta más idónea para construir una sociedad nueva basada en el horizonte comunitario de las enseñanzas evangélicas, con un sistema económico y de relaciones sociales opuesto tanto al capitalismo como al comunismo soviético³¹. Es más, para tales menesteres, la Hermandad puso en marcha, a partir de 1961, un Servicio Cooperativo dedicado a la promoción de cooperativas por toda España.

Los más exitosos y afamados experimentos cooperativos que contaron con aportación cristiana tuvieron lugar en el País Vasco (la famosa “Experiencia Mondragón”³²), Córdoba (Tipografía

³⁰ Díaz Hernández, Carlos, *El pensamiento personalista de Roviroso. Cuadernos de Estudio y Debate del Movimiento Cultural Cristiano*. Madrid, Movimiento Cultural Cristiano, s/f, 10. En dos obras más (*Cooperativismo Integral* (COOPIN) y *¿De quién es la empresa?*), el catalán concedía “más importancia al entusiasmo y a la mística, que a los números y a la técnica”. Ver Guillermo Roviroso. *Obras completas*. Madrid, HOAC, 1995, tomo I, 93-94.

³¹ Roviroso Albet, Guillermo, *¿De quién es la empresa?* Madrid, ZYX, 1964, 114.

³² La mítica “Experiencia Mondragón” hunde sus raíces en la labor iniciada en 1941 por el sacerdote José María Arizmendiarieta, artífice de una Escuela Profesional (1943) democráticamente administrada y abierta a todos los jóvenes de la comarca. A partir de ella, empleando los locales de la Acción Católica y de JOC, y tomando como base el contingente trabajador de la poderosa Unión Cerrajera, comenzaría una fructífera experiencia cooperativa. Siguiendo la doctrina pontificia, teorizaban sobre la gestión de la empresa y se planteaban asuntos como el salario dual (dividido en dos componentes, uno de consumo y otro de inversión). Con estos presupuestos, en 1956 formaron en Vitoria una pequeña empresa que, siguiendo el sistema de cogestión, se dedicaba a la producción de “hornillos de petróleo y utensilios domésticos”: se trataba de *Talleres ULGOR*, luego *FAGOR*. Entre sus iniciadores figuraban varios miembros de JOC y HOAC, entre ellos Eugenio Royo, presidente nacional de la JOC y creador de USO, que dirigió la empresa en la zona Centro de España. Tres años más tarde, como servicio financiero, teórico y social de las cooperativas se creó la Cooperativa de Crédito Caja Laboral Popular.

²⁸ ARCHIVO PERSONAL DE T. PÉREZ REY, “Relación de Deportados. 1 de septiembre de 1967”.

²⁹ “El trabajo cooperativo era todo él una escuela de formación militante, puesto que exigía trabajo colectivo, planificación, honradez, responsabilidad, solidaridad, saber dirigir reuniones y asambleas, hacer gestiones y escritos, llevar adelante la tarea en medio de dificultades y trabas oficiales, etc.”: Ferrando Badía, Emilio, “El compromiso de los cristianos en las luchas de los movimientos obreros en Cataluña durante la etapa franquista”, *XX Siglos*, 22 (1994), 28.

Católica)³³ y Valencia (SALTUV)³⁴. Otras muchas cooperativas de consumo, viviendas y producción fueron alentadas por militantes católicos en Cataluña, Madrid y en localidades más reducidas de la geografía española. Inmediatamente, este movimiento cooperativista de raíz cristiana se granjeó la enemiga no sólo de patronos y empresarios, sino también, y a veces con inusitada fuerza, de la Falange local, que además de la competencia directa temía la entrada de elementos socialistas en dichas entidades.

No menos impacto tuvo la recuperación del 1º de mayo, mítica fiesta del trabajo que a partir de 1959, los movimientos católicos se encargaron de organizar rechazando los esquemas paternalistas de la festividad de San José Artesano, instaurada en 1955 a instancias vaticanas; una fiesta del trabajo que no tardó en erigirse en competencia directa de la celebrada por la Organización Sindical franquista y, debido a su talante progresivamente reivindicativo, fue constantemente vigilada y perseguida por el Régimen.

Los ejemplos son numerosos y conocidos. En 1959, el 1 de mayo celebrado en el Teatro Arriaga de Bilbao se saldó con multas para los líderes de JOC y HOAC. Mayor escándalo causó el del año siguiente, pues la policía procedió a requisar las octavillas y prohibió los actos en numerosas localidades. Todo comenzó en noviembre del año anterior, con el envío, por parte de la Comisión Nacional de la HOAC, de un informe al cardenal primado que reflejaba las repercusiones que el Plan de Estabilización tendría en la clase obrera española: entre los "efectos inmediatos" señalaban el paro obrero, los despidos de eventuales y aprendices, la supresión de horas extraordinarias, el rigor en la

apreciación de las faltas, y la ausencia de información y acción sindical. Tales efectos provocaban, según el informe, graves repercusiones en el ambiente obrero: disminución del poder de compra y aumento de los precios, desconfianza en las razones económicas de las empresas, dificultades de colocación, propaganda marxista e injusto reparto de sacrificios. Finalmente, señalaban que los hoacistas y demás obreros encuadrados en organizaciones católicas de carácter apostólico no podían permanecer inactivos, que la HOAC debía fomentar la acción de sus militantes en una situación como aquella, donde los valores humanos y el propio prestigio de la Iglesia estaban en juego³⁵.

Los católicos más comprometidos tuvieron mucho que ver en la puesta en marcha de nuevos partidos y sindicatos democráticos y representativos que se movieron con desigual éxito en la clandestinidad³⁶. Las primeras organizaciones sindicales surgieron ligadas a la central democristiana entonces pujante, la Confederación Internacional de Sindicatos Católicos (CISC), aunque enseguida se desgajaron de ella o asumieron el giro aconfesional y filosocialista que experimentó en los años sesenta³⁷. De esta manera surgió, en 1956, Solidaridad de Obreros Cristianos Catalanes (SOCC), vinculada a la CISC y que pronto abandonó la "C" de Cristianos para emprender una trayectoria mucho más laica. Este mismo origen alentó la Federación Sindical de Trabajadores (FST), iniciada a raíz de las huelgas asturianas de 1958 por militantes de JOC, pues la Ley de Convenios Colectivos suscitó un interesante debate

³³ Se creó en 1954 a partir de una reunión promovida por la Junta de Obras Sociales de la HOAC cordobesa.

³⁴ En 1963, los empleados de la Compañía de Tranvías y Ferrocarriles de Valencia, a la vista de la inminente caducidad de la concesión, propusieron la adjudicación de la misma a una entidad autogestionada por los propios empleados bajo la fórmula jurídica de Fundación Laboral (FULTUV). Lo más importante es que la Sociedad Anónima Laboral de Transportes Urbanos de Valencia, en la que participaban más de 1.700 trabajadores, creó escuela y alentó, por ejemplo, la constitución, en enero de 1968, de la Sociedad Anónima Laboral de Autobuses Interurbanos de Palma de Mallorca.

³⁵ ARCHIVO PERSONAL DE T. PÉREZ REY, "Plan de Estabilización. 28 de noviembre de 1959". El manifiesto del 1º de mayo de 1960 abundó en estas razones.

³⁶ García Nieto, Mari Carmen, "Participación en partidos y sindicatos", *XX Siglos*, 16 (1993), 98-109. Basilisa López señala cómo en 1957, los hoacistas granadinos aducían, como única solución posible para tratar de aliviar la precaria situación de la clase trabajadora, "fomentar la unión de todos los trabajadores con miras a crear nuestras propias organizaciones sindicales": López García, Basilisa, "La HOAC, origen y escuela de lucha sindical", en Castells Caballos, José María; Hurtado Sánchez, José y Margenat Peralta, Josep María, *De la dictadura a la democracia. La acción de los cristianos en España (1939-1975)*. Bilbao, Desclee de Brower, 2005, 250.

³⁷ En 1968, de la CFTC, sindical cristiana, se escindió la CFDT, socialista, autogestionaria y partidaria de la autonomía sindical.

dentro de la organización juvenil que, entre sus conclusiones más interesantes, incluyó la de poner en marcha un sindicato de clase³⁸.

De igual manera surgió, en 1960, la Unión Sindical Obrera, auspiciada por los jocosistas de Rentería, concretamente por Eugenio Royo³⁹. Una central que, según exponía su famosa *Carta fundacional*, se identificaba con el socialismo democrático y pretendía impulsar un nuevo tipo de sindicato, ante todo democrático, unitario y plural⁴⁰. A

³⁸ Arbeloa Muru, Víctor Manuel, "Para una historia de la JOC en España", *Iglesia Viva*, 58-59 (Julio-Octubre de 1975), 377-397; Sanz Fernández, Florentino, "Algunos conflictos significativos de la juventud obrera cristiana con el régimen de Franco (1947-1966)", en Tusell García, Javier; Mateos López, Abdón; y Alted Vigil, Alicia, *La oposición al régimen de Franco*. Madrid, UNED, 1990, tomo II, 161-172. Entre los fundadores de FST figuran el jocosista Gregorio Camuñas y el hoacista Luis Altable.

³⁹ Lacunza, Juan Miguel, "La JOC de Rentería (1931-1975)", *Bilduma*, 16 (2002), 95-147. Eugenio Royo (1930-2001) impulsó la JOC guipuzcoana y en enero de 1956, con apenas 25 años, fue elegido presidente nacional del movimiento, donde se mantuvo hasta 1959. Trabajó en el movimiento cooperativo de Mondragón y dirigió la empresa FAGOR de la zona Centro de España. A mediados de los 70, fue uno de los coordinadores estatales de la Federación de Partidos Socialistas (FPS). Ocupó el cargo de consejero de Economía de la Comunidad de Madrid a principios de los años 90, en el gabinete socialista de Joaquín Leguina, comunidad autónoma en la que también desempeñó importantes responsabilidades en otras empresas públicas. Asimismo, trabajó en el área de inserción sociolaboral de la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR).

⁴⁰ "Somos trabajadores de las minas y de las fábricas, de las oficinas y del comercio, de los transportes y de los campos de todas las regiones de España. Hombres y mujeres, luchamos por unas mejores condiciones de vida y de trabajo. Por la libertad que nos sitúa en la perspectiva de un orden justo, de una sociedad nueva y democrática... Opuestos a cualquier tipo de totalitarismo y ajenos a toda servidumbre de partido o del Estado, somos las nuevas generaciones formadas en la lucha obrera de cada día; libres de prejuicios políticos que no hemos conocido, sin otras exigencias ni intereses que los puramente obreros, preocupados por el progreso económico y social de las distintas regiones españolas en el marco solidario de una economía humana a escala nacional y mundial". Sobre la USO, ver: Martín Artiles, Antonio, "Del blindaje de la sotana al

las jesuíticas Vanguardias Obreras corresponde la iniciativa de poner en marcha, en 1962, la Acción Sindical de Trabajadores (AST), donde también estuvieron militantes de la HOAC y otros del Movimiento Católico de Empleados⁴¹.

Pero, sin duda alguna, la aportación sindical más importante de los militantes cristianos fue la puesta en marcha, a partir de aquellas movilizaciones mineras de La Camocha, de Comisiones Obreras (CCOO)⁴²: jocosistas, militantes de Vanguardias, HOAC, comunistas, socialistas y otros independientes nutrieron las primeras filas de un movimiento sindical y socio-político que, oficializado a partir de 1966, adoptará en sus inicios un talante plural, democrático, unitario, abierto y asambleario. Por poner algún ejemplo significati-

sindicalismo aconfesional (Breve introducción a la historia de la Unión Sindical Obrera)", en Tusell García, Javier; Mateos López, Abdón y Alted Vigil, Alicia, *La oposición al régimen de Franco*. Madrid, UNED, 1990, t. I, vol. 2, 165-189; Zufiaur Narvaiza, José María, *USO*. Barcelona, Avance, 1976; y Mateos López, Abdón, "Los orígenes de la Unión Sindical Obrera: Obrerismo juvenil cristiano, cultura sindicalista y proyecto socialista", *XX Siglos*, 22 (1994), 107-118.

⁴¹ La AST evolucionó desde el sindicalismo confesional hasta el revolucionario y filo-maoísta, se opuso al reformismo de la ASO y dio origen, en 1969, a la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT). Por su parte, el Movimiento Católico de Empleados (MCE) era un grupo apostólico procedente del Hogar del Empleado, asociado a CVX (antiguas Congregaciones Marianas): García de Cortázar, F., "La cruz y el martillo. La resistencia obrera católica", en Tusell García, Javier; Mateos López, Abdón y Alted Vigil, Alicia, *La oposición al régimen de Franco*. Madrid, UNED, 1990, tomo II, 142.

⁴² Aunque los vizcaínos reclaman para sí la creación de la primera célula oficial de CCOO, parece que ésta nació en Mieres (Asturias), alentada por militantes cristianos de USO y HOAC, entre ellos el hoacista asturiano Jacinto Martín. Ver, por ejemplo, Ruiz García, David (ed.), *Historia de Comisiones Obreras*. Madrid, Siglo XXI, 1995, o el artículo de Babiano Mora, José, "Los católicos en el origen de Comisiones Obreras", *Espacio, Tiempo y Forma*, 8 (1995), 277-297; también, Vega García, Rubén, "Orígenes y desarrollo de Comisiones Obreras en Gijón: de La Camocha a la Transición democrática", en Trujillano Sánchez, José Manuel y Gago González, José María (eds.), *IV Jornadas "Historia y Fuentes Orales". Historia y memoria del franquismo*. Ávila, Fundación Cultural Santa Teresa, 1997, 207-217.

vo, el secretario de la primera CCOO de Barcelona (1964) fue un militante de la HOAC, Ángel Alcázar, y de esta misma organización procedía la dirección de la primera Comisión Obrera de Bilbao, creada en 1962; además, en 1964, cuatro de los siete miembros de la primera comisión obrera de Cantabria procedían de la HOAC (Peredo, Morante, Pacheco y Álvarez), y otro tanto ocurrió en localidades como Madrid y Alicante, mientras en Andalucía, CCOO nació en los años sesenta gracias, en buena medida, al apoyo de las militantes y consiliarios de Vanguardias Obreras. Aun así, el progresivo protagonismo y control comunista sobre CCOO suscitó, a finales de los 60, un rechazo generalizado entre los militantes católicos, para quienes el PCE pretendía convertirlas en su “correa de transmisión” dentro del movimiento obrero (algo similar, salvando las distancias pertinentes, a lo ocurrido con las ACLI en la CGIL).

Por último, en 1960, de nuevo militantes de JOC y HOAC participaron activamente en la creación del FOC, rama obrera del Frente de Liberación Popular, y siete años más tarde, socialistas y cristianos descontentos con el predominio comunista en CCOO pusieron en marcha en Madrid la Federación Sindical Democrática. Por su parte, en la Universidad española, la lucha contra el oficialista y falangista Sindicato Estudiantil Universitario (SEU) fue auspiciada por católicos (muchos de ellos de la JEC), comunistas, socialistas y jóvenes políticamente independientes aglutinados en formaciones como la Nueva Izquierda Universitaria (NIU) y la Unión Democrática de Estudiantes⁴³, sin olvidar la creación, en 1961, de la Federación Universitaria Democrática Española (FUDE), frente común contra el SEU. Algo parecido llevó a cabo el Servicio Universitario del Trabajo (SUT), impulsado por el jesuita Padre Llanos.

Al mismo tiempo, los movimientos católicos llevaron a cabo destacadas labores de denuncia democrática en plena dictadura, que contribuyeron a la socialización política que venimos apuntando. El *Boletín de la HOAC*, el jocista *Juventud Obrera* -cuyo ejemplar de octubre de 1963 fue secuestrado por contener información sobre las huelgas de Asturias- o la misma *Voz del Trabajo*,

⁴³ Heine, Hartmut, “La contribución de la ‘Nueva Izquierda’ al resurgir de la democracia española, 1957-1976”, en Fontana Lázaro, Josep María (ed.), *España bajo el franquismo*. Barcelona, Crítica, 1986, 142-160.

órgano de Vanguardias secuestrado en 1967, acogieron noticias y opiniones favorables a la lucha por las libertades. *AUN* (del Movimiento Católico de Empleados), *Signo* (de la Juventud de Acción Católica) y otras publicaciones de la Acción Católica más comprometida también fueron víctima de secuestros y censuras por el talante crítico y reivindicativo de sus informaciones⁴⁴.

Asimismo, en 1966, los movimientos obreros insertos en la Unión Nacional de Apostolado Seglar (HOAC/F, JOC/F, Movimiento Católico de Empleados, Vanguardias y Hermandades del Trabajo) lanzaron unas *Hojas Informativas* que recogían información sobre huelgas, conflictos, detenciones, etc. Igual de conflictivos fueron los comunicados a la opinión pública de dichos movimientos: el de 1960 en protesta contra las elecciones sindicales, en el que tuvo que mediar el cardenal primado para contener la furia del ministro Solís, el de 1962 “Ante los conflictos laborales” asturianos, saldado con multas para los presidentes nacionales de JOC y HOAC, el de 1966 denunciando la farsa del Referéndum de la Ley Orgánica, el de 1968 contra los maltratos infligidos a los detenidos en Barcelona, el de 1969 denunciando el estado de excepción, etc.

Hasta tal extremo incentivaron estos movimientos apostólicos, comunidades y clérigos contestatarios la oposición obrera y sindical al Régimen, que el Partido Comunista no dudó en intensificar su política de “mano tendida” a los católicos más comprometidos. De manera expresa lo manifestó su VI Congreso, que también anunció la renuncia a la violencia, afirmó la libertad de cultos y el respeto a todas las convicciones religiosas. “Los católicos son hoy nuestros principales aliados en la lucha contra Franco”, señalaba Santiago Álvarez en 1965⁴⁵, mientras Manuel Azcárate traía a colación las positivas consecuencias que, desde el punto de vista de la lucha contra la dictadura, suponía un acercamiento que, en su

⁴⁴ Vigil y Vázquez, Manuel, “Signo, la revista de los jóvenes de Acción Católica (1936-1967)”, *XX Siglos*, 16 (1993/4), 52-62; Domínguez, José, “Las Vanguardias Obreras en la lucha por la democracia”, *XX Siglos*, 16 (1993/4), 63-73.

⁴⁵ Álvarez Gómez, Santiago, “Hacia una alianza entre comunistas y católicos”, *Peace, Freedom and Socialism*, 6 (junio de 1965), ejemplar citado en: ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN, Ministerio de Cultura-Gabinete de Enlace, Caja 640: informe de agosto de 1973, 1.

opinión, venía motivado por la apertura experimentada en la Iglesia y en el Partido, “compañeros de lucha y de esperanzas hasta el establecimiento de una sociedad plenamente humana, de la sociedad socialista”⁴⁶. Los argumentos esgrimidos por Santiago Carrillo insistían en lo mismo:

“Los comunistas reconocemos, con nuestra mejor voluntad, la lealtad y la combatividad de nuestros amigos católicos. Confiamos en ellos, en su acción por la libertad y la justicia, como si fueran nuestros hermanos [...] Nuestras relaciones con ellos son excelentes y pensamos que esta alianza se prolongará en la lucha por una democracia política y económica y, un poco más lejos, por el socialismo”⁴⁷.

Menos conocida, pero no por ello de importancia menor fue la labor emprendida por los movimientos cristianos en el sector campesino. En efecto, tanto la Juventud de Ambiente Rural de Acción Católica (JARC) como el Movimiento de Adultos de AC promovieron las primeras luchas y movimientos campesinos en localidades sevillanas como Fuentes de Andalucía y Olivares, en la zaragozana de Sástago, en Lérida, Castrelao de Miño (Orense), Sanlúcar de Barrameda y Trebujena. Dirigidas principalmente a denunciar la explotación infligida a los campesinos por patronos y empresarios rurales, en ocasiones, tales actividades constituyeron el punto de partida de pioneros focos sindicales y comisiones campesinas que, en los años setenta, darán vida a potentes y conocidas centrales sindicales campesinas. A ello habría que sumar la difusión de una cultura política democrática y solidaria a través de los Colegios Familiares Rurales, creados en 1966 en el campo castellano tomando como modelo la

experiencia pedagógica francesa de las Casas Familiares Rurales⁴⁸.

Completan la labor para-política de estos colectivos cristianos otras actividades de promoción de cultura obrera y praxis democrática como las llevadas a cabo a través de los citados GOES de la HOAC, los Centros de Cultura Popular y las Escuelas de Formación Social de la JOC, pero también la creación de editoriales como ZYX, Popular o Nova Terra.

⁴⁶ Estas declaraciones eran fruto de unas conversaciones entre Manuel Azcárate y el teólogo José M. González Ruiz; ver Azcárate Cid, Manuel, “Anotaciones de un marxista español”, *Realidad*, 5 (mayo de 1965), 13.

⁴⁷ Declaraciones a *L'Unita*, 15 de febrero de 1967. También por entonces, el secretario general del PCE reconocía que “en esos católicos no hay ni resignación ni masedumbre; la religión que ellos profesan ya no es exactamente aquella que Marx llamaba opio de los pueblos”: Carrillo Solares, Santiago, *Nuevos enfoques a problemas de hoy*. Paris, Editions Sociales, 1967.

⁴⁸ Vicente Fresno, Florencio, “El Movimiento Rural Cristiano: fermento de fe, de vida y de esperanza en el mundo rural español”, *XX Siglos*, 49 (2001), 62-78; Díaz González, Tomás, “Análisis del Movimiento de Escuelas Campesinas (1978-1993)”, tesina de licenciatura. Valladolid, Universidad de Valladolid, 1993.